

EL CAMINO DE ROSAS

Y ahí estaba yo. Tirada en mi cama, en una esquina de mi habitación. Una plácida y tenue luz iluminaba nuestros rostros. El mío y el de mi difunta madre, aún conservaba su foto. La echaba de menos, sí. Pero la vida sigue, sigue y no frena.

Decidí dormir. Aquella tormentosa noche era ideal para sentarse junto al fuego, conversar con tus seres queridos... El único problema, es que yo no tenía ninguno.

Mi padre huyó el día de mi nacimiento, mi madre cuidó de mí toda la vida, hasta que llegó mi sexto cumpleaños. Desde ese momento vivía con mis abuelos. Dos ancianos roñosos, que me proporcionaban un hogar, comida y agua. Tampoco se preocupaban mucho de lo que pudiese pasarme. Así que me acosté en mi cama, aún fría.

Traté de recordarla, a ella. A su luminosa sonrisa. Aquella que hacía que los días grises fueran mejores. A sus esbeltas piernas, y a su fuerte espalda también. Esa que hacía sentirme la más alta jirafa de la sabana africana, cuando no me apetecía caminar. Solo ella, el pensamiento de su persona, lograba hacerme conciliar el sueño. Solo en el instante en el que recordaba su cara podía dormir. Y cómo dormía... Recuerdo irme a la cama con la sonrisa más grande, más ardiente, más placentera que el mundo haya visto.

Tan solo si ella estuviera a mi lado... Pero, ya a mi corta edad, pues nueve años no eran muchos, era capaz de imaginarla a mi lado. Cada noche estaba junto a mí. Me leía un cuento, me cantaba una nana, o simplemente, nos sentábamos juntas, en silencio, a

contemplar las bellas familias de pájaros. Que se aposentaban frente a mi ventana.

Cierta noche invernal, oscura, lluviosa... Soñé, con una perspectiva diferente.

Me imaginé sola, en el medio de un camino. Hecho con rosas. Rosas rojas, como el carmín que solía utilizar mi madre, cuando iba a buscarme al colegio.

Puedo recordar que cogí una rosa. No era la más bonita. Tampoco la más llamativa.

Pero sé porque la cogí. Al verla, me pareció observar una letra grabada en uno de sus bonitos pétalos. Era una E. Una E de Elsa. El nombre de mi madre. Recogí la flor y me la guardé en mi chubasquero amarillo. Era raro. Yo iba con chubasquero. Pero el camino era soleado, sin rastro de charcos, gotas de rocío, humedad... Nada de agua.

De repente oí una voz. Era clara, ¡Y muy suave! Me giré. Hacia un lado. Nada. Hacia el Otro. Tampoco. Rebusqué entre las rosas, pero no había señales de que hubiese alguien ahí.

Minutos después, tras estar buscando, volví a oír la misma voz: -Oye. Qué mala educación. ¿Nunca te han enseñado que siempre debes contestar?- Yo me quedé muy extrañada. No había nadie allí. -¿Piensas contestarme?- Volví a oír. -Si no piensas contestarme me voy.- Asustada, pero con cierta decisión, contesté: -¿Quién eres? ¿Dónde estás? Déjame verte.- Un fuerte ruido de pasos retumbó por toda mi cabeza.

-Gírate, estoy detrás de ti.- Con cierto pavor, y muy lentamente, di unos pasos sobre mí. Y, efectivamente. Frente a mí se hallaba un precioso... ¿Perro?

Efectivamente, un perro estaba hablándome. -Oye tú, ¿Por qué no contestas?- En el primer momento callé, eso debía de ser fruto de mi imaginación, pero, allí no había nadie más... -¿Sabes que es de mala educación no contestar cuando te hablan? Creo que ya te lo he dicho...-

-Mi madre siempre me dijo que no debo hablar con extraños, y tú eres un perro, así que no es muy lógico que...- Pensé. Estaba hablando con un perro. -Eh tú, Caroline, ¿Verdad? Que sea un perro no implica que no debas ser educada conmigo- Espera, espera, espera. ¡Ese perro sabía mi nombre! -¿Cómo sabes tú eso? ¿Cómo sabes que me llamo Caroline?- Esperé una respuesta. -Mira niña, deja de hacer el tonto y vamos a casa.- Me espetó -¿A casa?- Pregunté -Si yo no te conozco de nada.-

En ese momento el perro me puso la pata en la rodilla y sentí un ardiente calor. Acto seguido estaba en una oscura celda, como la de un antiguo castillo de cuento. Me sentía confusa, y tenía mucho, mucho miedo. En aquel momento en lo único en lo que pude pensar fue en mi madre. Metí la mano en el bolsillo de mi amarillo chubasquero y acaricié la rosa. No sé cómo ocurrió, pero acto seguido, me sentí más tranquila. Como si por primera vez en muchos años, volviera a estar a su lado, en nuestro hogar, en mi hogar.

Minutos después escuché unas voces. Me llamaban, por mi nombre. Después comenzaron a decir algo. Por lo que entendí eran almas. Almas prisioneras en el castillo. “El amo” llevaba buscándome mucho tiempo. Yo debía ser su prisionera, al parecer mi madre... ¿Mi madre había muerto para salvarme? No, imposible. Pero... Era lo que las voces decían... Había muerto para salvarme a mí. «Y en el momento en el que la niña se encuentre, quedará prisionera.» No paraban de repetir la condenada frase. Lo había oído, no quería que me lo repitieran. No, no, no. -¡BASTA!- Chilló una voz. Era el perro. Ese estúpido perro que me había traído hasta aquí- ¡CALLAD! - Se le veía

muy enfadado- Niña, -Me dijo- El amo no quiere ni verte, jamás. Aun así, ha sido compasivo y ha decidido dejarte salir del castillo (Siempre vigilada) para que te dé el aire, se te ve débil. Por cierto: No me hables, ignórame, adiós.-

Estaba confusa, mi celda acababa de abrirse y un sendero me conducía al camino de rosas. Una vez allí me sentí mejor. Acto seguido volví a oír esos dichosos pasitos de perro: -Niña, ten cuidado, no te pinches con los rosales. - ¿Cómo? ¿El perro acababa de preocuparse por mí? - Oye, no pienses eso, que yo no soy Pain. Gírate. ¿No me ves? Cloud, a tú servicio. – Me quedé atónita. Efectivamente, frente a mí se encontraba un hermoso perro blanco, con esponjoso y rizado pelaje. – Soy tu guardián. Pero antes: No quiero que me veas como un enemigo. Al contrario, yo también desconfío del amo. Es un hombre vanidoso, y siempre juega sucio. Por eso quiero ayudarte.

Volví a quedarme pasmada. Al verme así, Cloud prosiguió: Quiero ayudarte a escapar de aquí. Al principio será complicado. Te sentirás confusa y muchas veces no sabrás que hacer. El miedo será tu rival, Caroline. Por eso he logrado que te dejen venir aquí, al camino de rosas cuando sientas miedo, o, simplemente, no quieras pensar en nada. ¿Vale? Lo siento mucho, pero debo irme, y recuerda: Ven siempre que quieras.

En ese preciso instante, al recitar esa última palabra, se desvaneció. Continué pensando en lo que acababan de decirme hacía unos minutos. Con tan solo tocar esa bonita rosa que llevaba en el bolsillo me sentía protegida, sin embargo, al llegar al camino de rosas no podía recordar preocupación alguna. Extraño, pero cierto.

Pasaron muchas Lunas y Soles. Cada vez nos sentíamos más cerca de nuestro objetivo, solía ir al camino de rosas en cada momento angustioso, cada vez que el miedo me asfixiaba... Tantas horas allí. No eran imaginables los gritos que había oído en el

castillo, aquellos que ponen los pelos de punta. Aquellas espeluznantes voces, que se adentraban en mis más oscuras pesadillas. Mas Cloud y las rosas, siempre estaban ahí.

Un día, mientras me relajaba contemplando las hermosas gotas de rocío sobre los pétalos de las rosas rojas, un ruido de unas hermosas y ligeras patitas captaron mi atención: Caroline, está listo, debes irte. - ¿Cómo? No recordaba haber pasado tanto tiempo allí, era imposible que fuera mi hora de marchar. - Ha sido rápido, sí, yo también lo creo, pero está todo comprobado. Nada puede fallar. Huye, huye ahora, corre, llegarás hasta el final del camino, y, allí...- Se estremeció- No recordarás nada, ni los momentos aquí vividos... Ni a mí.

No, no. Eso no iba a pasar, no quería dejar a Cloud allí, él siempre me había ayudado y no era una opción dejarlo en ese lugar, junto a su tirano soberano.

- ¡Corre! ¡¿No me oyes?! ¡HUYE! –Cloud comenzó a llorar y mi corazón se rompió en mil pedazos- ¡NO! ¡NO ME IRÉ SI NO VIENES CONMIGO! –Sollocé- Pienso quedarme aquí contigo si es necesario, eres demasiado importante para mí... - Repentinamente la abracé. Me aferré a él cual garrapata a su perro, lo levanté y corrí. Escuchábamos voces de fondo: El amo y Pain corrían tras nosotros. Me sentía cansada, mis piernas no aguantarían mucho más. Hasta que una luz cegadora iluminó impidió nuestra visión. Habíamos llegado al final del camino. De mi camino.

- ¿Caroline? ¡Oh, Caroline! ¡Llevabas tanto tiempo dormida! ¡Pensé que no volvería a hablarte! - Frente a mí lloraba una hermosa mujer, con moreno, y sedoso cabello. Era ondulado, así como el mío. - 4 años, 4 años. No he dejado de venir ni un solo día desde que ocurrió ese horrible accidente. Hija... -En efecto, esa mujer era mi madre. Me encontraba en el hospital de Greenville, California. A mis pies, podía ver una bolita

blanca, peluda, enfrascada en un sueño. Cloud. Yo estaba viva. Cloud estaba vivo. Mi madre estaba viva. No podía creerlo. Mis extremidades no me respondían, pero, por arte de magia, no sé cómo. Le di un abrazo. Abracé a mi madre como si mi vida consistiera en ello. Aún sin soltarla, miré al hermoso perrito que me había salvado la vida. Y en el momento, me pareció ver cómo alzaba su vista y me guiñaba ese ojito derecho. Metí la mano en el bolsillo del camisón del hospital. Y mi mano, descubrió una rosa. Que solo pudo hacerme imaginar, mi hermoso camino. Ese camino de rosas que siempre había logrado calmarme, nunca lo olvidaría. -Os amo. - Susurré.

“Todos tenemos un camino de rosas, tan solo si somos capaces de encontrarlo amaremos, soñaremos y viviremos, como nunca antes lo habíamos hecho.”

María González (1º ESO B)